JOSE MARIA MARTINEZ, O. S. B.

UNAMUNO, LECTOR DEL PADRE SIGÜENZA

BIBLIOTECA

Don Miguel de Unamuno, el escritor inquieto y lleno de pasión que todos conocemos, se nos demuestra también un lector infatigable. Es ésta una faceta de la personalidad unamuniana que refleja con toda claridad la inquietud radical y el anhelo de búsqueda que tanto le caracterizaban. El mismo llega a confesarnos haber sido «un devoralibros, sobre todo de mis dieciséis a mis veintiséis años» [1]. Las páginas de sus escritos están llenas de citas, referencias bibliográficas, alusiones a escritores de la más diversa condición, época e intereses intelectuales. Y no vaya a creerse que el echar mano a tales recursos literarios denotaba en Unamuno vana presunción literaria o erudición convencionalista. Más bien significaba en él un interés y un aguijón interior que le llevaban a sondear y hurgar en libros y autores, en un incesante afán de búsqueda de ideas, de material intelectual. En último término, tal proceder nos descubre a un Unamuno «viajero incansable de los campos del espíritu, cuyos más escarpados vericuetos he trepado por pura ansia de columbrar las lontananzas del misterio desde una nueva atalaya» [2].

Dentro de la nutrida lista de autores españoles que han dejado huella en la obra unamuniana, queremos ocuparnos brevemente de fray José de

---

[1] M. DE UNAMUNO, *Almas de jóvenes: Obras Completas* I (Madrid, 1966), pág. 1152. Nos referimos a la novísima edición publicada por la editorial Escelicer, a partir de 1966. Hasta el presente han aparecido 9 tomos. En adelante, al citar a Unamuno, lo haremos refiriéndonos siempre a dichas *Obras Completas*, abreviándolas mediante las siglas OC y haciéndolas seguir del tomo y página correspondientes a que se refiere la citación.

[2] *Frente a los negrillos (Andanzas y visiones españolas)*: O. c., I, 432.

Sigüenza, de la orden de los jerónimos. El historiador escurialense habla a don Miguel de una época bien definida, en la que cobran relieve las figuras de Carlos V y Felipe II, dando calor y vida a todo un pasado glorioso, dentro del cual va enmarcada la no menos gloriosa historia de la Orden de los jerónimos. Sin embargo, el P. Sigüenza no solamente rememora en Unamuno un pasado histórico, sino que también se le ofrece como guía y compañero ideal en sus *peregrinaciones* a los monasterios que fueron testigos del florecer de la Orden de los jerónimos en España. Y es que a Unamuno le gustaba leer no sólo en los libros de papel y de caracteres tipográficos, sino también en ese otro libro abierto de la naturaleza, fuente de reposo y de alivio espiritual, que obraba sobre él a manera de tonificante o calmante en el cotidiano tráfago de la vida.

I. Digresiones unamunianas a propósito del P. Sigüenza

Unamuno afirma explícitamente haber leído la *Historia de la Orden de San Jerónimo,* del P. José de Sigüenza. En efecto, escribe en 1912, a propósito de El Escorial:

> Soy de los que han leído las 1.240 páginas en folio y de apretada letra de los dos tomos de esa historia en su edición de la *Nueva biblioteca de autores españoles,* que bajo la dirección de don Marcelino Menéndez y Pelayo publica la Casa Bailly-Baillière, y es continuación del Rivadeneyra, y aseguro que esa prolija lectura fue para mi espíritu un descanso tan grande como el de contemplar la masa del Monasterio desde un prado de La Herrería, en que tendí mi cuerpo. ¡Raro placer en tiempos de agitación febril! Porque ni la obra del P. Sigüenza es para ser hojeada de prisa o leída de viaje, acaso en un tren, ni El Escorial para contemplarlo de ligero y de paso. El desnudo necesita siempre tiempo, mientras la hojarasca impresiona desde luego, aunque luego esa impresión vaya amortiguándose [3].

Sin embargo, no es ésta la primera noticia que don Miguel nos da de la obra del P. Sigüenza. Para recabarla debemos remontarnos al 1908, año en que Unamuno publicó el artículo intitulado *Guadalupe* [4]. Aquí hace alusión a la obra en cuestión, detallando igualmente los pormenores de edición arriba señalados. Así pues, cabe presumir que la *Historia de la*

---

[3] *En El Escorial (Andanzas...):* O. c., I, 373.

[4] Cf. *Por tierras de Portugal y de España:* O. c., I, 261-264.

Orden de San Jerónimo, publicada por la Nueva Biblioteca de Autores Españoles a partir de 1907, llegó a las manos de Unamuno poco tiempo después de su presentación al público.

¿Qué juicio le merece el P. José de Sigüenza a don Miguel de Unamuno? En este punto cabe parangonarlo con el emitido por M. Menéndez y Pelayo, quien no escatima elogios al escritor jerónimo. He aquí un juicio bien elocuente del escritor montañés:

> ... P. Sigüenza, estilista incomparable, bajo cuya mano los secos anales de una Orden religiosa, enteramente española y no de las más históricas, se convirtieron en tela de oro, digna de los Livios y Xenofontes... [5].

Este párrafo habla por sí mismo. Y Menéndez y Pelayo no se limita al juicio transcrito, sino que va más allá, considerando al P. Sigüenza «quizá el más perfecto de los prosistas españoles después de Juan de Valdés y de Cervantes» [6].

Hasta aquí Menéndez y Pelayo. Unamuno enjuicia también elogiosamente al gran historiador jerónimo. Así, escribe en 1920:

> Uno de los más grandes escritores con que cuenta España —y en el respecto de la lengua, si otros le igualan, no se puede decir que haya quien le supere— es el P. fray José de Sigüenza, de la Orden, hoy en España extinguida, de los Jerónimos, que en el año último del siglo XVI publicó, estando en El Escorial, su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, libre de las pedanterías estilísticas y lingüísticas del siglo XVII, y que es una de las obras en que más sereno, más llano, más comedido, más recogido y más grave y más castizo discurre nuestro romance castellano [7].

En otros lugares, Unamuno define al P. Sigüenza como escritor minucioso y castizo, poniendo de relieve la gravedad, sobriedad y pureza de su lengua. Su obra viene a ser una especie de El Escorial de la literaratura clásica española, llena de majestad y grandeza, pero sobria y grave, en consonancia siempre con el paisaje y la idiosincrasia castellana. Al igual que el P. Sigüenza, Unamuno posee un gusto estético muy personal y bien definido. Huye de todo lo artificioso y superficialmente colorido, para adentrarse en la poesía y en la belleza recóndita de un paisaje árido y

---

[5] M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, vol. II. Santander, 1947, pág. 423.

[6] *Ibid.*

[7] *En Yuste (Andanzas...): O. c.*, I, 481.

sobrio, como es el castellano, o en las líneas puras y severas de El Escorial, o en la prosa grave y minuciosa del P. Sigüenza. Este es el Unamuno que vive de las realidades más profundas y no de las apariencias.

Y ya que hemos tocado el punto de lo que podríamos llamar un aspecto de la estética unamuniana, bien merece la pena detenernos a hacer algunas consideraciones al respecto. Unamuno no identifica lo bonito con lo bello. «Lo bonito es enemigo de lo hermoso» [8], nos dice en un lugar. Hablando del paisaje castellano y comparándolo con el más celebrado del litoral cantábrico, se expresa de la siguiente manera:

> Por mi parte prefiero los paisajes serranos de Castilla y de Extremadura. Son más serios, más graves, más fragosos, menos de cromo [9].

Lo sobrio, lo grave, lo desnudo, guardan, pues, para Unamuno un encanto y una belleza especiales. Hombre profundamente interior, acostumbrado a vivir la vida con el fondo del alma, Unamuno logra descubrir la secreta hermosura de lo severo y desnudo. La contemplación de El Escorial, por ejemplo, sugiere en don Miguel estas consideraciones:

> Eso de hablar de la aridez repulsiva de El Escorial, como hablar de lo sombrío de su carácter, carece en rigor de valor estético, pues falta probar que lo árido y lo sombrío no puedan ser hermosísimos. Aridas son las pirámides de Egipto, árido es el desierto; mas yo no sé que pueda negarse inmensa hermosura a las unas y al otro. El desierto es a su modo tan hermoso como un bosque.
>
> Es como cuando se habla del campo de Castilla, de los solemnes páramos de la Mancha, y se dice que son áridos y tristes, queriendo decir con eso que son feos. Y debo confesar que a mí me produce más honda y más fuerte impresión estética la contemplación del páramo, sobre todo a la hora de la puesta del sol, cuando lo enciende el ocaso, que uno de esos vallecitos verdes, que parecen de nacimiento de cartón. Pero en el paisaje ocurre lo que en la arquitectura: el desnudo es lo último que se llega a gozar. Hay quien prefiere una colinita verde, llena de arbolitos de jardín, a la imponente masa de uno de los grandes gigantes rocosos de la tierra [10].

Y basta una lectura superficial de sus escritos de paisajes para encontrar un sinnúmero de textos semejantes, que ponen de relieve el gusto

---

[8] *O Bom Jesus do Monte (Por tierras...)*: O. c., I, 232.
[9] *Yuste (Por tierras...)*: O. c., I, 267.
[10] *En El Escorial (Andanzas...)*: O. c., I, 372-373.

estético de Unamuno. Lo mismo cabe decir por lo que a sus ideas sobre el estilo y la lengua se refiere. En el fondo, volvemos a repetirlo, dichos textos transparentan el alma unamuniana, su personalidad toda. Unamuno no puede soportar la ramplonería, la vulgaridad, la superficialidad. Ama la sinceridad y la sencillez, la interioridad e intimidad. Su seriedad es de fondo, ya que le contraría igualmente la gravedad hueca y vacía de que hacen gala muchas personas.

De toda esta breve digresión cabe colegir la familiaridad, la conformidad de la obra del P. Sigüenza con el sentir unamuniano. La prosa de la *Historia de la Orden de San Jerónimo* está en consonancia con los gustos estéticos de don Miguel. Al estilo retorcido, turbio, conceptuoso, barroco, prefiere Unamuno el estilo grave y desnudo. Y el P. José de Sigüenza es uno de esos escritores a los que no se les puede degustar mediante una lectura superficial. Su prosa «herreriana y filipina» [11] exige una conversión intelectual, en la que la mente se ponga a contemplar las líneas graves, reposadas y puras de su lenguaje.

Obligado es reseñar aquí otro testimonio unamuniano en torno a la obra del P. Sigüenza. El domingo de Resurrección de 1911 visitaba Unamuno las ruinas del antiguo monasterio de cistercienses de la Granja de Moreruela. Cautivado por el encanto de esas ruinas que sabían a siglos que fueron, a tiempos de paz y de tranquilidad, don Miguel deja correr su fantasía y exclama lleno de añoranza:

> ¡Soñar así, lentamente, a la hora de la siesta, descansando la mirada en las charcas floridas! Y escribir un libro muy largo, muy largo. Un poema, y si no una historia. Una historia como aquella dulcísima y apacible *Historia de la Orden de San Jerónimo*, que en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial escribió el padre jerónimo fray José de Sigüenza, y es una maravilla de lengua y, a trechos, de poesía [12].

No podía Unamuno hacer mejor elogio de la obra del P. Sigüenza sino aplicándole tal calificativo de obra poética. Sabemos lo que este término significa en Unamuno. No, él no quería ser llamado ni sabio, ni pensador, ni cosa parecida. Tales o parecidos calificativos eran para él algo cargado de malentendidos y sonaban a sus oídos como un insulto [13].

---

[11] *Meditación escurialense: O. c.*, I, 611.

[12] *Recuerdo de la Granja de Moreruela (Andanzas): O. c.*, I, 348.

[13] Cf. el siguiente pasaje: «¡Sabio!, ¡sabio! Y ¿con qué derecho arrojan esos imbéciles sobre la cabeza de un hombre honrado, que jamás les pidió de limosna un solo encomio y que tiene un corazón en el pecho, ese mote de sabio? ¿Quién les ha dicho

Las preferencias de Unamuno se centran sobre todo en la poesía y en la filosofía. Con palabras suyas:

> ...mis aficiones eran por entonces, y siguen hoy siendo, a todo, pero muy en especial a la filosofía y a la poesía —hermanas gemelas—... [14]

La filosofía y la poesía son para Unamuno hermanas gemelas. Sin adentrarnos en lo que entiende el escritor bilbaíno por filosofía, bástenos esta apreciación unamuniana. Esta identificación entre poesía y filosofía cabe señalarla también en las siguientes líneas:

> Poeta y filósofo es lo mismo. Sabio es ya otra cosa; es algo que en su acepción hoy corriente poco o nada tiene que ver con la sabiduría. Todo gran filósofo es un poeta y todo gran poeta un filósofo. La *Lógica*, de Hegel, y la *Etica*, de Spinoza, son dos de los más grandes poemas que han sido escritos [15].

Y, ¿qué es poesía? En primer lugar, no cabe identificar poesía con literatura. La poesía es lo eterno y universal, mientras la literatura representa lo temporal y particular. Es ésta una de las contraposiciones paradójicas a que tan acostumbrados nos tiene Unamuno. La poesía forma parte del hombre espiritual, mientras la literatura es algo de sentido común, del hombre intelectual. Un poeta es para Unamuno un creador, un recreador, mientras que un literato es un abogado de letras. De aquí que «hay una cosa de que hay que huir si se quiere hacer poesía, hacer arte en el más alto sentido humano, y es de caer en *litterateur*, en *homme de lettres*» [16].

Un poeta es lo más grande que hay entre los hombres, ya que, si lo

---

que es sabio el que les cuenta cosas que tal vez no hayan oído antes? ¿Qué quiere decir eso de sabio? Aquí, en España, quiere decir muchas cosas malas y casi ninguna buena. ¡Pensador! ¿Y por qué han de llamar a nadie pensador los que jamás pensaron cosa alguna por propio pensamiento? ¿Qué es eso de pensador? ¿No comprenden que es insultar con alevosía el suponer a nadie pensador de oficio o cosa por el estilo?» (*¡Ramplonería!: O. c.*, I, 1242). Idéntico tono encubren las siguientes líneas: «Mi amigo Pitollet debe de ignorar sin duda que he protestado más de una vez, y con todas las fuerzas de mi alma, de que se me aplique ese motajo tan feo de *sabio*, y que jamás de mi vida he hecho profesión de tal» (*Sobre la erudición y la crítica: O. c.*, I, 1266).

[14] *Sobre la erudición y la crítica: O. c.*, I, 1271.

[15] *La Atlántida: O. c.*, I, 559.

[16] *Poesía y política: O. c.*, VII, 819. A propósito del *Quijote*, nos dice también: «En vez de llegar a la poesía del *Quijote*, a lo verdaderamente eterno y universal de él, solemos quedarnos en su literatura, en lo que tiene de temporal y de particular» (*Sobre la lectura e interpretación del «Quijote»: O. c.*, I, 1232).

es de verdad, no da conceptos o formas, sino que se da a sí mismo en sus obras. El poeta «es un hombre que no guarda en su corazón secretos para Dios» [17].

La poesía, pues, no ha de buscarse en los sucesos pasajeros que marcan un cierto momento histórico, destacándose de la silenciosa y reposada superficie del cotidiano vivir humano, sino que lo poético se encuentra en la quietud de la tradición, en el pasado siempre eterno, en la vida sufrida y callada. Esta es una idea que se repite a menudo en Unamuno. He aquí un ejemplo:

> ¡... poesía del pasado! Porque sólo lo pasado es poético, sólo es poético lo que ha vivido, lo que ha sufrido y venció al sufrimiento. Sólo es poético lo que lleva en sí cristalizado el dolor como lo llevan esas venerables piedras viejas a cuyo pie soñaron los abuelos de nuestros abuelos [18].

La insuperable riqueza que encierra el término de poesía en Unamuno —y con esto volvemos al hilo central de estas consideraciones— nos pone en grado de columbrar mucho de lo que ha querido significar don Miguel al aplicar dicho calificativo a la obra del P. Sigüenza. Mucho tiene de poema, de poesía, la obra del historiador jerónimo. La gravedad y sobriedad de su lengua, la minuciosidad y lo castizo de su prosa, adquieren vida y profundidad mediante esa tonalidad poética. Y adentrándonos en detalles, Unamuno considera que pocos pasajes existen en la literatura castellana de tan honda y poética hermosura como el relatado por el P. Sigüenza en el libro IV, capítulo XXVII, donde se nos cuenta la muerte de fray Bernardino de Aguilar, cantando el salmo *Super flumina Babilonis* [19].

Por otra parte, no podemos olvidar que el P. Sigüenza ha sido testigo de un momento histórico muy particular. Una parte de su obra tiene como marco los reinados de Carlos V y de Felipe II. El buen jerónimo nos ha dejado testimoniada la muerte de ambos en Yuste y en El Escorial, respectivamente. Y Unamuno, al visitar esos lugares cargados de historia, rememora de la mano del P. Sigüenza pormenores y detalles de ese pasado glorioso. Observamos que cita párrafos enteros del escritor jerónimo, en especial aquellos que describen la muerte del emperador y de Felipe II. Se pregunta Unamuno qué es lo que pudo llevar al gran Carlos V, al monarca entonces más poderoso y afortunado del mundo, a enterrarse en Yuste, en aquel lugar pobre y recóndito: «¿Por qué escogió para

---

17 *Soledad: O. c.*, I, 1254.

18 *España sugestiva: O. c.*, I, 630. Cf. también O. c., I, 169; V, 260 y 971.

19 Cf. *Recuerdo de la Granja de Moreruela (Andanzas...): O. c.*, I, 348.

morir aquella plegadura de verdor y de soledad?»[20]. Y en El Escorial deja hablar al P. Sigüenza, quien, con el estilo que le caracteriza y con una sencillez admirable, nos relata los últimos momentos de Felipe II, rodeado por la comunidad de jerónimos.

El P. Sigüenza introduce a Unamuno en un momento histórico muy particular, decimos. Y no estará de más el preguntarnos lo que por historia entiende Unamuno. Algunos pasajes unamunianos tienden a presentarnos una visión negativa de la historia, entendida en su acepción común, como una serie de sucesos históricos que marcan el pasado de la humanidad. Escribe Unamuno:

> La historia, la condenada historia, nos oprime y ahoga, impidiendo que nos bañemos en las aguas vivas de la humanidad entera, la que palpita en hechos permanentes bajo los mudables sucesos históricos[21].

En estas líneas aparece ya la peculiar dialéctica del estilo de pensar unamuniano. Contrapone los «hechos permanentes» a los «mudables sucesos» históricos. Es el método de la verdad típicamente unamuniano[22], en el que el juego de conceptos, aparentemente contradictorios, desempeña un papel primordial. Lo mismo sucede con los conceptos de tiempo y de eternidad, según puede apreciarse de lo que sigue:

> Esclavos del tiempo, nos esforzamos por dar realidad de presente al porvenir y al pasado, y no intuimos lo eterno por buscarlo en el tiempo, en la historia, y no dentro de él»[23].

Unamuno distingue, pues, lo permanente de lo mudable, lo eterno de lo temporal. Llega así a establecer la contraposición entre *historia* e *intrahistoria,* términos ambos cargados de una tensión dialéctica particular. La

---

[20] *Yuste (Por tierras...): O. c.,* I, 265.

[21] *La crisis del patriotismo: O. c.,* I, 978. Es interesante constatar que también X. ZUBIRI distingue entre «suceso» y «hecho», como categorías históricas, pero dándoles un contenido diverso del que les da Unamuno. Cf. X. ZUBIRI: *Sobre la esencia.* Madrid, 1963³, pág. 204.

[22] «Suele buscarse la verdad completa en el *justo medio* por el método de remoción, *via remotionis,* por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método: el de afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha» *(En torno al casticismo: O. c.,* I, 784).

[23] *La vida es sueño: O. c.,* I, 946.

historia, lo mudable, es posible gracias a la intrahistoria, a lo permanente, pues «lo que pasa queda, porque hay algo que sirve de sustento al perpetuo flujo de las cosas» [24]. P. Laín Entralgo sintetiza así lo que historia e intrahistoria significan en Unamuno:

> La historia es el ámbito de los sucesos humanos y representa lo fugaz, lo ocasional, lo artificioso, lo superficial y visible de la vida del hombre. A la historia pertenece todo cuanto distingue y aísla a unos hombres de otros, las acciones relatadas, las «castas históricas», las «naciones históricas», las literaturas, en lo que éstas tienen de histórico y mudadizo. La intrahistoria es el dominio de los hechos humanos y representa lo estable, lo permanente, lo espontáneo, lo profundo y silencioso de la vida humana. A la intrahistoria pertenece cuanto comunica y funde a unos hombres con otros, las realidades y las obras más genéricamente humanas entre todas cuantas componen la existencia de los hombres: las acciones calladas y cotidianas; la «casta íntima» de los pueblos, expresión de lo que en cada uno de ellos hay de verdaderamente humano; los «pueblos» mismos, por oposición a las «naciones históricas»; las lenguas, en tanto unen a los hombres en el espacio y en el tiempo» [25].

La intrahistoria, lo intrahistórico, en último término, es lo que consolida la tradición eterna. Con palabras de Unamuno:

> Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna» [26].

No queremos adentrarnos aquí en las implicaciones de esta concepción unamuniana de la historia. La riqueza dialéctica de los conceptos de historia e intrahistoria nos llevaría a abordar temas como el de sociedad e individuo, pueblo y patria, etc., que nos alejarían demasiado de nuestro propósito. Quedémonos solamente con la idea unamuniana de eternidad intrahistórica, a la manera de una inmensa laguna sin fondo ni orillas, en cuya superficie resbalan los pasajeros y ruidosos accidentes de la tempestad, los sucesos históricos.

Y todo esto al margen o, mejor dicho, a propósito del historiador jerónimo P. Sigüenza, quien nos describe en su *Historia de la Orden de San*

---

[24] *En torno al casticismo: O. c.*, I, 792.

[25] P. LAÍN ENTRALGO, *La generación del 98*. Madrid, 1970[7], pág. 148.

[26] *En torno al casticismo: O. c.*, I, 793.

Jerónimo la callada y silenciosa gesta intrahistórica de esa legión desconocida de hombres de Dios en un momento histórico determinado, que pone de resalto las figuras de Carlos V y Felipe II. Al menos tal es lo que podría deducirse de la atenta lectura que Unamuno lleva a cabo del escritor jerónimo y en la perspectiva del contexto de toda su obra.

II. Unamuno en Guadalupe, Yuste y El Escorial

El afirmar que la lectura de la *Historia de la Orden de San Jerónimo* ha empujado a Unamuno a visitar los monasterios de Guadalupe, Yuste o El Escorial sería aventurarnos demasiado, haciendo deducciones que cabría catalogarlas como de simples e infundadas conjeturas. De todas formas, y dando por descartado lo anterior, lo que sí podemos afirmar con un cierto margen de verosimilitud es que dicha lectura ha supuesto para Unamuno un contributo especial en sus visitas a los lugares arriba señalados, condicionando, en cierto modo, su visión personal. Unamuno asocia siempre estos lugares a la figura del P. Sigüenza y a su obra. Se tiene la impresión de que en sus visitas a esos antiguos monasterios la *Historia de la Orden de San Jerónimo* haga las veces de una especie de guía turística. Y es que no debemos olvidar que tanto Yuste como El Escorial y, también a su manera, Guadalupe, están cargados de tradición y hacen referencia a acontecimientos históricos. Y ¿quién mejor que el P. Sigüenza para introducirnos en ellos? Así lo ha entendido Unamuno, para quien «la historia del pasado sólo sirve en cuanto nos lleva a la revelación del presente» [27].

Sin entrar todavía en detalles, digamos algo sobre Unamuno, viajero incansable. Los numerosos artículos de paisajes y las muchas notas de viajes son un testimonio elocuente que expresa bien a las claras esta faceta unamuniana. En un artículo que lleva por título *Excursión*, Unamuno sintetiza así las ventajas de tales viajes de recreo:

> Estas excursiones no son sólo un consuelo, un descanso y una enseñanza; son, además, y acaso sobre todo, uno de los mejores medios de cobrar amor y apego a la patria» [28].

En el fondo, Unamuno es un hombre en quien se encuentra profundamente arraigado el sentimiento de la naturaleza. La naturaleza no es contemplada por don Miguel con actitud de mera pasividad, a la manera del

---

[27] *Ibid.: O. c.*, I, 797.

[28] *Excursión (Por tierras...): O. c.*, I, 281.

espectador curioso y desinteresado que presencia una función teatral. Unamuno siente la naturaleza, la vive hondamente. De ahí que busque la naturaleza, que se zambulla en ella en cuanto le sea posible, para recibir sus beneficios y para comulgar con ella. Para él «un paisaje es una sinfonía, a que concurren agua, y tierra, y aire, y hasta fuego» [29]. Sus descripciones paisajísticas están llenas de poesía y de sentimiento, reflejando esa compenetración vital entre el hombre y la naturaleza. No sin razón ha escrito Unamuno que «el universo visible es una metáfora del invisible, del alma, aunque nos parezca al revés» [30].

Unamuno ha sublimado de tal manera ese sentimiento de la naturaleza hasta el punto de llegar a concebirlo como un sentimiento cristiano. Con palabras suyas:

> Así es como concurren a concuerdo el hombre, humanizando con su labor a la naturaleza, y ésta naturalizando de rechazo y como en pago al hombre, y así es como nos hacen vislumbrar el ideal de un hombre enteramente natural en comunión íntima con una naturaleza, a la que podamos llamar ya humana. Y ¿es acaso en el fondo este ensueño algo que no sea un trasunto del perfecto cristiano, en quien la gracia se hace naturaleza y la naturaleza gracia? El sentimiento mismo de la naturaleza, ¿no es acaso, en rigor, un sentimiento cristiano? Dormitaba en el alma pagana, como dormitaba el cristianismo en ella; pero no llegó a despertarse y empezar plena vida hasta que libertándose el hombre, por la gracia de Cristo, del pecado original, se desligó de los enervadores brazos con que la naturaleza le retenía, y así desligado pudo mirarla frente a frente [31].

Unamuno considera, pues, las acciones y reacciones mutuas entre el hombre y la naturaleza a manera de juego dialéctico. A este propósito se podrían traer aquí muchos testimonios unamunianos a confirmación de lo dicho. Sin embargo, bástenos con el siguiente:

> Hay un continuo flujo y reflujo difusivo entre mi conciencia y la naturaleza que me rodea, que es mía también, mi naturaleza; a medida que se naturaliza mi espíritu saturándose de realidad externa, espiritualizo la naturaleza saturándola de idealidad interna. Yo y el mundo nos hacemos mutuamente [32].

---

29 *El perfecto pescador de caña:* O. c., I, 1185.
30 *Paisaje teresiano (Andanzas...):* O. c., I, 496.
31 *La Flecha (Paisajes):* O. c., I, 59.
32 *Civilización y cultura:* O. c., I, 992.

Todo esto explica aquel original aserto unamuniano de que «el Señor juega con dos barajas: la de la naturaleza y la de la historia» [33]. Y en el fondo, este mismo sentimiento de la naturaleza puede explicar suficientemente el porqué Unamuno gustase tanto de viajar, de conocer nuevos parajes, de lanzarse al campo, de explorar montañas y de descubrir lugares perdidos a lo largo de la geografía española. En fin de cuentas, es la motivación de comulgar con la naturaleza lo que hace de él un ferviente e infatigable viajero, un peregrino en busca de vida interior.

Entre los numerosos lugares visitados por Unamuno, y de los cuales dan testimonio sus escritos paisajísticos, descubrimos los nombres de los monasterios de Guadalupe, Yuste y El Ecorial. Tres nombres, como hemos dicho más arriba, asociados siempre a la figura del P. Sigüenza y a la en un tiempo floreciente Orden de los jerónimos. Sin abusar del descripcionismo fácil, creemos que es oportuno recoger aquí las impresiones producidas en Unamuno al visitar tales lugares.

Guadalupe

En junio de 1908, y acompañado de dos amigos, Unamuno emprende un viaje de descanso que le lleva a conocer Guadalupe y Yuste. Las circunstancias y motivaciones de este viaje nos las explica don Miguel en estos términos:

> Emprendí esta peregrinación artística apenas terminé mi curso universitario, con la triste impresión que dejan siempre unos exámenes, buscando unos días de reposo y de baño en naturaleza [34].

Este testimonio cuadra perfectamente con todo lo que hemos señalado más arriba, a propósito del sentimiento de la naturaleza en Unamuno, quien no oculta sus preferencias por el campo. Las ciudades, con su ambiente de pesadez y su atmósfera de superficialidad y vulgaridad, no gustan a Unamuno. Y es que «las grandes ciudades nos desindividualizan o, mejor dicho, nos despersonalizan» [35]. Unamuno prefiere vivir en una de esas pequeñas ciudades de provincia, donde naturaleza y sociedad parecen haber llegado a un pacto de convivencia pacífica. El ideal consistiría precisamente en la perfecta armonía entre ciudad y campo, entre sociedad y naturaleza:

---

[33] *Manzanares arriba, o las dos barajas de Dios: O. c.*, I, 593.
[34] *Guadalupe (Por tierras...): O. c.*, I, 264.
[35] *Grandes y pequeñas ciudades (Por tierras...): O. c.*, I, 300.

El ideal sería, sin duda, que el espíritu de la ciudad y el campo se compenetraran, que aprendiéramos a ver en la sociedad naturaleza y en la naturaleza sociedad, pero el ideal está siempre muy lejano [36].

En otro lugar, Unamuno se expresa en términos semejantes, asentando lo que bien puede considerarse como una norma ética unamuniana:

Busca sociedad, sí, pero ahora, por de pronto, chapúzate en naturaleza, que hace serio al hombre... Otra vez más: ahora corre al campo, y vuelve luego a sociedad para vivir en ella [37].

No, resulta completamente injustificado el considerar a Unamuno como a una especie de misántropo intelectual, que huye de todo contacto con sus semejantes para aislarse de la sociedad. No nos engañemos en este punto. Lo que mueve a Unamuno a comulgar con la naturaleza es la búsqueda de la soledad y del silencio. Y para él, «nuestra vida íntima, nuestra vida de soledad, es un diálogo con los hombres todos» [38]. Alguno dirá: la acostumbrada paradoja unamuniana. Y, sin embargo, así es, ya que «los grandes solitarios son, en efecto, los que más han derramado sus espíritus entre los hombres; los más sociables» [39]. Soledad significa en Unamuno vida interior, adentrarse en uno mismo para poder derramarse todo entero en los demás, puesto que «todo el que de veras cree en su propia existencia anhela sellar con ella la existencia de los demás» [40].

Unamuno, pues, aprovecha la más mínima ocasión que se le presenta para bañarse en naturaleza, en busca siempre de ese sosiego y descanso interior que le permitan restablecer sus fuerzas espirituales en el silencio y la soledad del campo. Y su visita a Guadalupe no obedece a otra motivación.

Las impresiones de esta visita las ha recogido Unamuno en un artículo intitulado precisamente *Guadalupe* [41], que apareció publicado por primera vez en Buenos Aires, en julio de 1908. Tras referirse al P. Sigüenza —de quien cita textualmente la descripción que éste hace del lugar en cuestión—, y tras relatarnos brevemente la leyenda de Guadalupe —de mano siempre del historiador jerónimo—, pasa Unamuno a reseñar sus propias consideraciones. El monasterio tiene poco que admirar como obra arqui-

---

36 *Ciudad y campo: O. c.*, I, 1040.
37 *¡Adentro!: O. c.*, I, 952.
38 *Soledad: O. c.*, I, 1252.
39 *Ibid.: O. c.*, I, 1257.
40 *¡Plenitud de plenitudes y todo plenitud!: O. c.*, I, 1175.
41 *Por tierras...: O. c.*, I, 261-264.

tectónica, siendo su posición y el lugar en que está enclavado lo que le da realce. Llama la atención de Unamuno su magnífica iglesia, «con una de las más hermosas verjas de hierro forjado que puedan verse» [42]. Sigue don Miguel refiriéndose a que el monasterio era riquísimo en un tiempo, testimoniando aún hoy día esta riqueza de los jerónimos la serie de capas, casullas, frontales, etc., que se muestran al visitante y a los que prefiere Unamuno la magnífica colección de libros de coro, tal vez la mejor de España.

La joya artística del monasterio, sin embargo, la constituye una magnífica colección de cuadros de Zurbarán, que se encuentran en la sacristía. Del San Jerónimo colocado encima del altar de la sacristía, nos dice Unamuno que «llevando nuestra mirada tras de la suya, nos abre perspectivas celestiales» [43].

No falta en este cuadro de impresiones artísticas la consabida nota que da tono personal y autobiográfico al relato. En efecto, al describirnos lo que el monasterio ofrece al visitante, entre otras cosas Unamuno menciona también sus dos claustros, añadiendo a renglón seguido:

> En uno de los dos claustros, mudéjar, con muy pintoresco templete en el centro, sentía una vez más la tentación que en parecidos sitios me asalta: la de abandonar estas luchas y trabajos en que estoy metido y darme a ver pasar la vida en meditación y en sosiego. Pero... [44].

Este pasaje es sumamente indicativo y cabe referirlo a otro, con el que guarda una cierta semejanza, sobre todo por lo que se refiere al contexto escénico en que se encuadra. Encontrándose en el santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia, acompañado también de dos amigos, y con la variante de que han transcurrido tres años, Unamuno vuelve a evocar sueños del pasado que pudieron ser realidad, pero que no lo fueron:

> Allí, en la cima, envuelto en el silencio, soñaba en todo lo que habiendo podido ser no he sido para poder ser el que soy: soñaba en todas las posibilidades que he dejado perder, desde aquella infantil atracción al claustro y luego, antes de llegar a los veinte, aquella propuesta de ser llevado lejos, muy lejos de la patria... [45].

¿Obedecen estas consideraciones de Unamuno a la emoción del momento o, más bien, responden a una realidad concreta que selló en cierto

---

42 *Guadalupe (Por tierras...)*: O. c., I, 262.
43 *Ibid.*: O. c., I, 263.
44 *Ibid.*: O. c., I, 262.
45 *El silencio de la cima (Andanzas...)*: O. c., I, 357.

modo su personalidad? Nosotros nos inclinamos por la segunda hipótesis, apoyándonos para ello en otro testimonio autobiográfico del mismo Unamuno. Es el conocido pasaje que puede leerse en una de sus cartas a Jiménez Ilundain. Nos permitimos transcribirlo íntegramente:

> Hace muchos años ya, siendo yo casi un niño, en la época en que más imbuido estaba de espíritu religioso, se me ocurrió un día, al volver de comulgar, abrir al azar un Evangelio y poner el dedo sobre algún pasaje. Y me salió éste: «Id y predicad el Evangelio por todas las naciones.» Me produjo una impresión muy honda; lo interpreté como un mandato de que me hiciese sacerdote.
>
> Mas, como ya por entonces, a mis quince o dieciséis años, estaba en relaciones con la que hoy es mi mujer, decidí tentar de nuevo y pedir aclaración. Cuando comulgué de nuevo, fui a casa, abrí otra vez, y me salió este versillo, el 27 del capítulo IX de S. Juan: «Respondióles: Ya os lo he dicho y no habéis atendido, ¿por qué lo queréis oír otra vez?» No puedo explicarle la impresión que esto me produjo» [46].

Todo esto nos lleva a establecer que, en un cierto momento de su vida, Unamuno se sintió inclinado a la vida religiosa. La vida monástica ha ejercido sobre él un atractivo particular [47] y, si el destino le deparó otros caminos a seguir, se debe a que «llevamos cada uno varios hombres posibles, una multiplicidad de destinos, y según realizamos algo, perdemos posibilidades» [48]. En el fondo, se trata de una cuestión de opciones fundamentales. Y esa infantil atracción al claustro no pasó de ser una mera posibilidad, algo que marcó sus primeros años de vida, pero que no se concretó en realidad.

¿Qué más añadir a estas consideraciones de Unamuno en Guadalupe? Si lo que allí nos ofrece el arte humano es algo hermosísimo, nos dice don Miguel, mucho más hermoso es lo que nos ofrece la naturaleza. El panorama que le brinda el alto de Mirabel, rebosando paz de vida y visión de verdura, le hace exclamar:

---

[46] Carta del 25 de marzo de 1898 a P. Jiménez Ilundain, en *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno y de Pedro Jiménez Ilundain:* «Revista de la Universidad de Buenos Aires», núm. 7 (1948), págs. 74-75. Este mismo pasaje viene relatado en el drama unamuniano *La Esfinge: O. c.*, V, 206-207.

[47] Cf. J. ALVAREZ ARROYO, *Unamuno y la vida monástica:* «Yermo», 4 (1966), páginas 1-50.

[48] *El silencio de la cima (Andanzas...): O. c.*, I, 357.

¡Qué bien se descansará, luego de haber merecido el descanso con una vida de combates, esperando una muerte dulce y natural en el seno de la Naturaleza! [49].

Y poco más adelante añade:

La verdad es que aquellos reverendos Padres jerónimos entendieron bien la vida, tal vez por haberla mirado a través de la muerte [50].

Y termina Unamuno lamentándose de que la ramplonería de la rutina española lleve a muchos a conocer pueblecillos de una lindeza superficial, mientras que existen lugares rebosantes de belleza y de tradición, que permanecen en el más completo abandono y olvido. Y es que «entre nosotros, el amor a la hermosura y a la tradición no ha llegado aún a formas de piedad» [51].

Yuste

En ese mismo junio de 1908, e inmediatamente después de visitar Guadalupe, Unamuno se dirige al célebre monasterio de Yuste, no sin antes haber descansado una jornada en Navalmoral de la Mata. Huelga recordar los orígenes y la celebridad del histórico monasterio de jerónimos. A principios del siglo XV, un hombre devoto de aquella región, de nombre Sancho Martín, donaba a unos ermitaños llegados de Plasencia algunas tierras, sobre las que se levantaría años después el monasterio de Yuste. La celebridad del monasterio va asociada, sin embargo, a la persona de Carlos V, quien eligió dicho lugar para pasar allí los últimos años de su vida, en medio de la soledad y el silencio.

Esta primera visita a Yuste la lleva a cabo Unamuno a caballo, partiendo de Navalmoral de la Mata y atravesando la Vera de Plasencia hasta llegar a Cuacos, de donde, abandonadas las cabalgaduras, él y sus compañeros de viaje emprenden a pie la ascensión al célebre monasterio. La natural impaciencia al acercarse a un lugar consagrado por la historia y la por aquella época deplorable situación del monasterio explican el que a su

---

[49] *Guadalupe (Por tierras...): O. c.*, I, 263.

[50] *Ibid.: O. c.*, I, 263-264. Léase este pasaje a la luz del siguiente: «Rinden semejante culto a la muerte los más furiosos amadores de la vida, aquellos en quienes el goce de vivir no puede apagar el hambre de sobrevivir» *(El individualismo español: O. c.*, I, 1090).

[51] *Guadalupe (Por tierras...): O. c.*, I, 261.

vista Unamuno nos diga que «se padece, en un cierto sentido, una desilusión, aunque luego ésta se rectifique» [52].

En efecto, por la época en que Unamuno visitó Yuste, no debía de ofrecer el monasterio un aspecto muy confortante. A diferencia de Guadalupe, Yuste nunca debió de ser demasiado rico. Y en esa época mucho menos, ya que el monasterio se encontraba empobrecido y desmantelado, cuidándose de él los franciscanos. Hoy día lo ocupan de nuevo los jerónimos y las restauraciones llevadas a cabo en él permiten contemplarlo tal como lo vio el emperador Carlos V.

No es mucho lo que de Yuste nos dice Unamuno. Se refiere a la Iglesia del monasterio, espaciosa y sencillísima a la vez, señalando que la sillería del coro, el retablo, los ornamentos, etc., se encuentran desparramados en diversos lugares. El melancólico espectáculo del semiderruido claustro del monasterio le trae a la memoria la sentencia del clásico que, modificada, suena a sus oídos como un «etiam ruinae peribunt» [53], evocando en nosotros aquel otro pasaje unamuniano, que dice así:

> Penetrantes son las ruinas de la vida, pero mucho más las ruinas de la muerte, las ruinas de la ruina [54].

Si pobrísima es la impresión que le produce el monasterio, Unamuno no deja de admirar, sin embargo, la belleza de la región en que se encuentra emplazado. Los caminos para llegar a Yuste —nos dice— son malos, escarpados y pedregosos, pero todas las incomodidades que tal viaje comporta vienen compensadas por el disfrute de una naturaleza risueña y amable, como la de Vera de Plasencia. Y Unamuno nos dice que «da pena ver región tan hermosa, tan espléndidamente dotada por Dios de suelo y de cielo, tan abandonada de los hombres» [55].

No es ésta la única visita que Unamuno realizó a Yuste. En efecto, doce años después emprende otro viaje que le lleva al célebre monasterio, variando únicamente el recorrido, ya que esta vez parte de Plasencia, haciendo etapa en Jaraiz, de donde el lunes de carnaval, 16 de febrero de 1920, se dirige a Yuste [56]. El recuerdo de su primer viaje subsiste todavía en Unamuno, a quien le atraen la desnudez y la pobreza de Yuste. Al visitarlo de nuevo «quería —nos confiesa don Miguel, devoto pere-

---

[52] *Yuste (Por tierras...)*: O. c., I, 266.
[53] *Ibid.*
[54] *Hacia El Escorial (Andanzas...)*: O. c., I, 369.
[55] *Yuste (Por tierras...)*: O. c., I, 267.
[56] *Camino de Yuste (Andanzas...)*: O. c., I, 478-480.

grino de la historia— volver a verme ceñido del silencio serrano, todo él repleto de recuerdos»[57].

Y, una vez más, vuelve a recorrer Unamuno las páginas de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, en especial aquellas en que el P. Sigüenza nos cuenta cómo se le dispusieron al emperador los aposentos en que había de habitar en Yuste. Transcribe también los últimos momentos de Carlos V, valiéndose siempre del P. Sigüenza. Y todo esto sume a Unamuno en recuerdos y evocaciones de un pasado imperial y monástico, en un marco geográfico en que «oscuros pensamientos de eternidad parecen brotar de la tierra»[58].

El Escorial

No podía faltar Unamuno a una cita tan importante como la que representa el visitar El Escorial. Su opinión al respecto queda patentizada en el siguiente pasaje:

> ... Jamás me había llegado antes a esa llamada octava maravilla, a ese monasterio, que no debería haber español alguno españolizante —esto es, dotado de conciencia histórica de su españolidad— que no visitase alguna vez en su vida, como los piadosos musulmanes la Meca, y ello, aparte de sus ideas, ya sea para bendecirlo, ya para execrarlo[59].

Estando a sus escritos de viajes, cabe constatar dos visitas de Unamuno a El Escorial. La primera, a la que se refiere el párrafo transcrito más arriba, tiene lugar el 5 de abril de 1912, un Viernes Santo para ser más exactos. La segunda visita la lleva a cabo Unamuno el 14 de julio de 1935, en el mismo día en que «desfiló tropa francesa ante el Arco de la Estrella, en París, y pronunció su mejor discurso en Baracaldo Azaña, el que de mozo había vaciado su espíritu en el jardín de los frailes escurialenses»[60].

Entiende Unamuno que es difícil llegarse a dicho lugar libre de prejuicios, ya sea políticos o religiosos. Con El Escorial ocurre lo que con muchas realizaciones artísticas, que persisten como símbolos de un cierto momento histórico, como la encarnación de una corriente o ideología

---

[57] *Ibid.: O. c.*, I, 478.
[58] *En Yuste (Andanzas...): O. c.*, I, 481.
[59] *En El Escorial (Andanzas...): O. c.*, I, 371.
[60] *Meditación escurialense: O. c.*, I, 611.

políticas. Y la significación de El Escorial no puede explicarse sin una referencia explícita a Felipe II y a la batalla de San Quintín. Fue con motivo de esta batalla ganada a los franceses que se fundó para la Orden de San Jerónimo el hoy célebre monasterio.

En esta línea, Unamuno se refiere al escritor alemán Justi, quien, al tratar de El Escorial, en el tomo de las guías Baedeker, dedicado a España y Portugal, emite juicios con los que no comulga don Miguel. Justi no reconoce a El Escorial sino una aridez repulsiva, calificando a su fundador como a persona de carácter sombrío, falto de genio para crear un monumento del más elevado arte religioso. El tono de la respuesta de Unamuno es marcadamente polémico, señalando que tal aserto «es un modelo de juicio que quiere ser estético y no es sino político» [61]. Y a continuación saca a relucir Unamuno sus propias ideas al respecto, acudiendo para ello al P. Sigüenza. No es necesario repetir aquí todo lo referido más arriba en torno al sentimiento estético del catedrático de Salamanca. Digamos solamente que las líneas severas y graves de El Escorial, al igual que la prosa herreriana y filipina del P. Sigüenza, están en conformidad con su gusto estético:

> Grandeza proporcionada y desnudez, y nada de florones, morteretes, resaltos, canes, pirámides y otros mil moharrachos, cuyos nombres ni los que los hacen saben, pues no son cosas definidas y con función propia, tal es el carácter de ese edificio que repugna por su aridez a los que no se detienen lo bastante a dejarse empapar de su austero encanto» [62].

Esa grandeza proporcionada y esa desnudez de El Escorial impresionan a Unamuno. En el fondo, se trata del estilo de la verdad, que ama mucho la claridad y la desnudez, tal como lo preconizaba también el P. Sigüenza. Motivos tenía el buen jerónimo para apreciar la severidad y la pureza de líneas del edificio en que trabajaba. A este propósito, puede leerse la descripción que él nos hace de El Escorial, comparándola con la que nos da del también monasterio de jerónimos de Belén, cerca de Lisboa, de estilo barroco y recargado de formas. Y Unamuno comulga plenamente con el punto de vista estético del P. Sigüenza, quien prefiere el primero al segundo.

Termina Unamuno este cuadro de impresiones escurialenses evocando la muerte de su fundador, Felipe II, quien, juntamente con Herrera y el P. Sigüenza, puede ser considerado como uno de los tres maestros de El Escorial.

---

[61] *En El Escorial (Andanzas...)*: O. c., I, 372.

[62] *Ibid.*: O. c., I, 375.

CONCLUSIÓN

La lectura que Unamuno lleva a cabo del P. Sigüenza nos ha permitido entrever la admiración profunda y el ferviente homenaje que don Miguel dedica al historiador jerónimo. En general, podemos decir que nunca se excedió el escritor vasco en elogios excesivos. Sin embargo, el juicio que le merece la obra del que fue bibliotecario de El Escorial es, a todas luces, positivo. Alaba su prosa «escurialense» y manifiesta un total acuerdo con él en cuanto a gustos estéticos. Implícitamente, creemos descubrir que, en último término, esa admiración del catedrático de Salamanca hacia la figura del P. Sigüenza se debe a la sencillez extraordinaria que emana de la obra del escritor jerónimo. Cabe decir, con toda propiedad, que Unamuno hace justicia al P. Sigüenza, relegándolo de ese puesto de penumbra que un tanto injustamente ocupa el historiador jerónimo dentro del panorama de las letras españolas. Y aunque él no nos lo diga explícitamente, cabe presumir que don Miguel bien podría haber aplicado al buen jerónimo aquel calificativo de «espíritu excepcional», al que se refiere en el siguiente pasaje:

> Estoy convencido de que el claustro monástico, que ha anulado tantas almas y embotado en tristísima rutina a tantas inteligencias regulares, ha exaltado a unos cuantos espíritus excepcionales por su recio temple [63].

Todo esto acerca del P. Sigüenza, quien de una u otra forma está presente en las «peregrinaciones» que don Miguel realiza a esos antiguos monasterios de jerónimos que son Guadalupe, Yuste y El Escorial. No es la simple curiosidad turística la que guía a Unamuno en tales visitas, sino algo más profundo y consistente, es decir, la sed de comulgar con la naturaleza y con la historia. De aquí que no le asusten las incomodidades, con tal de satisfacer esa necesidad vital y espiritual. En el fondo —y con esto terminamos— se trata de «ir a gozar de visiones que están fuera del tiempo» [64], como nos dice en Guadalupe, y de hacer de nuestros recuerdos esperanzas, porque «las esperanzas se fraguan con recuerdos; es el recuerdo la cantera de donde sacamos la esperanza» [65].

31693

---

[63] *Grandes y pequeñas ciudades (Por tierras...)*: O. c., I, 301.
[64] *Guadalupe (Por tierras...)*: O. c., I, 264.
[65] *España sugestiva*: O. c., I, 630.